

Re-Señas de libros

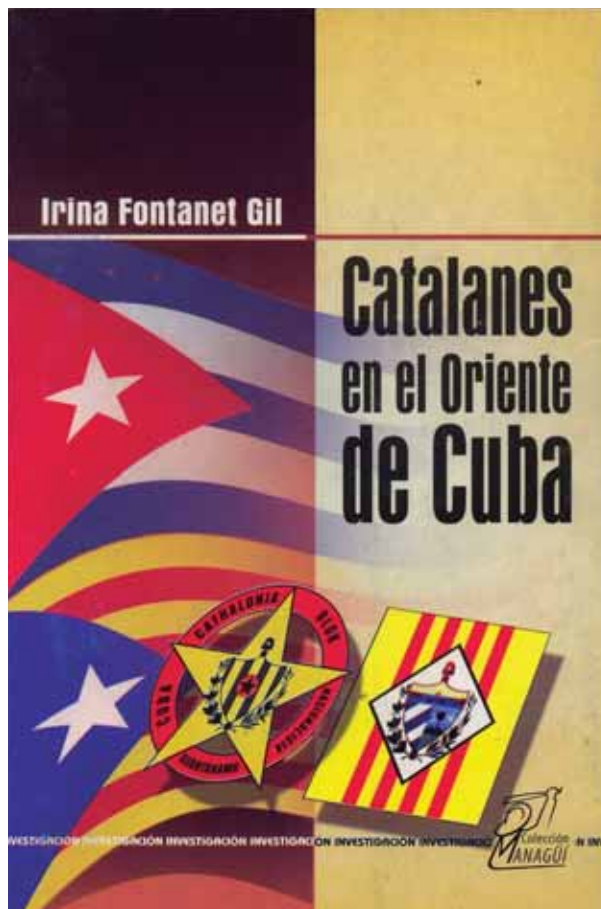
—• Por Jorge Domingo Cuadriello •—



» **Fontanet Gil, Irina** *Catalanes en el Oriente de Cuba*. Guantánamo, Editorial El Mar y la Montaña, 2013. 130 pp.

El movimiento migratorio de españoles hacia Cuba en las primeras décadas del siglo XX fue protagonizado, sin discusión alguna, por gallegos, asturianos y canarios, al margen de que no sea posible contar con fuentes documentales inobjetables y exactas. Los procedentes de otras regiones de España, como Andalucía, el País Vasco y Cantabria, ocuparon un lugar más discreto en ese movimiento demográfico. Sin embargo, de acuerdo con las investigaciones del historiador Joan M. Ferrán Oliva, la llegada de los catalanes a puertos cubanos “tuvo tres momentos puntuales: un *boom* entre 1780 y 1860, una desaceleración después de 1860 y una importante reanimación entre 1900 y 1928”. En este último período ocurrió, en efecto, un notable crecimiento de la comunidad catalana en Cuba, cuyos principales asentamientos se ubicaban en La Habana, Matanzas, Santiago de Cuba y Guantánamo. Ejemplos del poder que alcanzó esa colonia son las agrupaciones que constituyeron y las publicaciones periódicas que fundaron, así como las industrias y las casas comerciales que lograron establecer con no escasa fortuna.

Con el objetivo de recoger el legado de estos inmigrantes en la zona oriental de nuestro país, la investigadora Irina Fontanet Gil nos entrega la presente obra, que supera el acercamiento al tema que había realizado a través del breve estudio “La influencia catalana en Guantánamo desde el siglo XIX hasta 1940”, que apareció incluido en el volumen *Cuba y Cataluña: encuentro de pueblos y culturas* (2013) y ya había dado a conocer en un evento académico. En esta oportunidad la autora profundiza en las actividades económicas desarrolladas por los catalanes y enumera firmas, sociedades comanditarias, empresas mercantiles, hoteles, cafeterías, restaurantes y edificaciones, así como a sus propietarios y a los integrantes de dichas medianas o grandes entidades. Pero también le confiere un amplio espacio a algunas asociaciones constituidas por los catalanes, principalmente el Grop Nacionalista Radical Catalunya,



de Santiago de Cuba, y el Blok Nacionalista Catalunya, de Guantánamo. Como ya ambos nombres indican, estas agrupaciones profesaban un arraigado sentimiento nacionalista, exaltaban la lengua, la cultura y la historia de Cataluña y no ocultaban su rechazo al poder centralizador que emanaba desde Madrid. No constituyeron entonces casos aislados en Cuba, pues en La Habana y en Camagüey también funcionaban organismos similares. En la distancia el amor al terruño natal se exacerbaba y favorecía el incremento del sentido identitario de los integrantes de esa comunidad.

Las páginas de esta obra sirven para demostrar,

con datos precisos y fuentes documentales serias, como los protocolos notariales, el poder económico y social que alcanzaron los catalanes, no sin gran esfuerzo personal muchas veces y un marcado concepto del ahorro, en Guantánamo y en Santiago de Cuba, conquista que no impidió, sin embargo, que muchas veces los persiguiera el escarnio, como ocurrió también por medio de numerosos chistes en los casos de gallegos y canarios. Entre el pueblo santiaguero de aquellas décadas se hizo famosa la exclamación: “¡Quién fuera blanco, aunque fuese catalán!”, que algunos han tratado de matizar, pero cuya connotación peyorativa resulta innegable. Y en la página 4 del número del 27 de marzo de 1926 del *Diario de la Marina*, publicación definidamente hispanófila, apareció reproducida esta décima tan hiriente como pedestre, titulada “Receta para formar un catalán”: “En un mortero echarás / a Lutero y a Calvino, / a un judío, a un asesino, / y todo lo molerás. / La sangre de Barrabás / mezclada con Solimán, / quince libras de alquitrán... / Ponlo todo a fermentar / y de ahí podrás sacar / bien formado a un catalán.” La ola de indignación provocada en el seno de la comunidad catalana por este “poema” fue tan grande que en los números siguientes el *Diario de la Marina* tuvo que ofrecer disculpas por haberlo publicado.

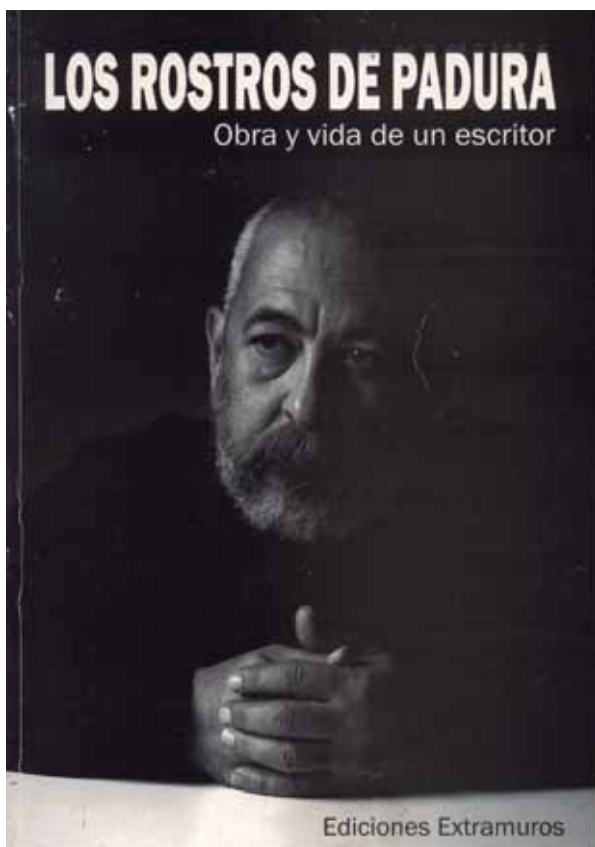
Estas manifestaciones de rechazo, claro está, no se encuentran presentes en *Catalanes en el Oriente de Cuba*, pues de acuerdo con las evidentes simpatías de su autora esta prefirió destacar la laboriosidad y el espíritu emprendedor de aquellos inmigrantes y los lazos de identificación y de amistad que fueron estrechando con los nativos. Esa actitud suya merece todo respeto; lo que nos resulta desconcertante es que haya omitido en su investigación a toda una serie de personalidades catalanas que por distintas razones, ninguna de ellas indigna, sobresalieron en esa región del oriente cubano. Mencionaremos, en primer lugar, a José Miró Argenter (Sitges, 1852-Marianao, 1925), quien residió en Holguín y en Manzanillo, ciudades donde fundó y dirigió sendos periódicos antes de incorporarse en 1895 a las fuerzas libertadoras, alcanzar el grado de General y publicar valiosos textos históricos. Tampoco se hace referencia alguna a los exiliados republicanos Josep María Béjar Fontanilles, José María Blay Gómez (Barcelona, 1908) y Juan Botifoll Borredá (Barcelona, 1913-Santiago de Cuba, 1998). El primero, además de poeta, fue actor, declamador y teatrista, dirigió el cuadro escénico del Grop Catalunya, de Santiago de Cuba, e integró la directiva del Sindicato de Artistas de Oriente. El segundo, doctor en Medicina, sobresalió como cirujano especialista en traumatología y durante muchos años ejerció su profesión en el Hospital Regional de

Guantánamo. De Botifoll Borredá podemos decir que tras haber alcanzado el grado de Capitán del Ejército Republicano se radicó en Santiago de Cuba, donde fue propietario de una tienda de efectos electrodomésticos, tomó parte en la lucha clandestina contra la dictadura de Batista y ya en el período revolucionario integró la Comisión Provincial de Historia del Partido Comunista. En dos ocasiones la autora menciona a General Ginestá Puncet (Ripoll, ¿1878?-Santiago de Cuba, 1941), pero solo como autor de la letra de dos canciones (pp. 56 y 57) y deja en el tintero lo más importante: que sobresalió como historiador, dirigió la Biblioteca Elvira Cape y publicó las obras *Guía ilustrada de Santiago de Cuba* (1919) y *El Virginius* (1930). Igualmente no se hace alusión alguna al ensayista y helenista Juan Ferraté Soler (Reus, 1924), profesor de lenguas clásicas de la Universidad de Oriente desde 1954 hasta 1962 y autor de traducciones de poetas griegos de la antigüedad. Sin embargo, mucho más escandalosa resulta la total ausencia del arqueólogo, restaurador y especialista en historia del arte Francisco Prat Puig (La Pobla de Lillet, 1906-Santiago de Cuba, 1997), quien en dicho centro de altos estudios se desempeñó durante más de veinte años como Catedrático de Historia del Arte. En esta ciudad rescató la casa de Diego Velázquez y la del poeta Heredia, realizó importantes excavaciones arqueológicas, principalmente en El Morro, y su proyecto de edificio del Ayuntamiento Provincial se alzó con el primer premio. También fue autor de varios libros sobre arte antiguo.

No nos explicamos cómo un libro que lleva este título puede ignorar a personalidades como las mencionadas. Siempre tiene que existir una correspondencia entre lo que se oferta y lo que se entrega. Mucho más acertado habría sido que Irina Fontanet precisase a través del título el verdadero alcance de su obra, cuyos valores intrínsecos, sin embargo, no pueden soslayarse.

» *Los rostros de Padura. Obra y vida de un escritor. Compilación de Agustín García Marrero. La Habana, Ediciones Extramuros, 2015. 183 pp.*

En estos momentos Leonardo Padura es el escritor cubano que cuenta con mayor número de seguidores, tanto nacionales como extranjeros, quienes persiguen sus novelas policiales, leen con avidez sus artículos, prestan atención a las declaraciones que formula cuando lo entrevistan y se interesan por ver los filmes en que interviene como guionista. Su principal personaje literario, Mario Conde, resulta bien conocido, al igual que la afición de este autor por los perros y el béisbol. No son pocos los estudios que se han escrito sobre su producción periodística y literaria; pero



hasta donde conocemos no existía un volumen que intentase recoger de un modo amplio al menos una docena de esos textos. La presente compilación, realizada por Agustín García Marrero, se ha propuesto ahora cubrir, aunque sea parcialmente, ese vacío.

Diecisiete trabajos conforman esta obra polifónica de catorce críticos cubanos, quienes de acuerdo con sus intereses particulares abordan distintas aristas pertenecientes a la médula del volumen: las novelas *El hombre que amaba a los perros*, *La neblina del ayer*, *Herejes*; el empleo de la adjetivación en *Vientos de Cuaresma*; la relación de Padura con el cine, la música cubana, Ernest Hemingway, el beisbol; los artículos que dio a conocer en *Juventud Rebelde*; el proceso de formación de este narrador o el recuento de sus títulos publicados y de los premios obtenidos.

Consideramos permisible incluir en estas páginas de *Espacio Laical*, dedicadas desde hace varios años a la reseña crítica de obras literarias o históricas, las siguientes palabras que pronunciamos en la Sala Rubén Martínez Villena, de la UNEAC, el pasado miércoles 7 de octubre, dentro del marco de un evento dedicado a analizar el estado de la crítica artística y literaria en nuestro país.

Cuenta además este libro con el testimonio del propio Padura, quien se encarga de narrar el proceso de gestación de Mario Conde, una amplia iconografía y, a modo de presentación, con un minucioso trabajo de Francisco López Sacha que se abre y se cierra, curiosamente, con alusiones acuáticas, quizás por haber sido escrito, como se encarga de anotar al pie, en un antiguo manglar.

De acuerdo con nuestro criterio, sobresalen en este conjunto los análisis que hacen, respectivamente, el ensayista Enrique Saínz y el historiador Rafael Acosta de Arriba de *La novela de mi vida* y de *El hombre que amaba a los perros*, así como el recuento de la vida del autor y su entrañable vínculo con Mantilla, que hace el periodista Ciro Bianchi, y los comentarios de Rebeca Murga acerca de *Herejes*. Por el contrario, nos resulta deplorable la redacción que padece el texto de Dulce María Sotolongo Carrington “Un adjetivo para *Vientos de Cuaresma*”; debió ser revisado antes de su publicación. En el caso de “Confesiones de un lector (a propósito de la novela *El hombre que amaba a los perros* de Leonardo Padura)”, de García Marrero, este, en vez de acometer al menos una aproximación analítica a esta obra, como era de esperar, se dedicó a ofrecernos un innecesario resumen histórico de Trotski, Stalin y la Revolución Rusa. Mucho mejor hubiese sido que se ciñera a comentarla y, por otro lado, que indicara la fuente de donde tomó cada uno de los trabajos del libro, pues al no hacerlo deja al lector con la interrogante.

Los rostros de Padura. Obra y vida de un escritor carga, a nuestro entender, con un título ambiguo, que podría propiciar interpretaciones torcidas, y con un subtítulo pretencioso. Porque en realidad este volumen posee un alcance limitado y en sus páginas se echa de menos la presencia de otros estudiosos de la obra de ese novelista, como José Antonio Michelena, autor de *(A)cercando a Leonardo Padura* (2015). No obstante estos señalamientos, el libro constituye una entrega digna de reconocimiento, que debemos agradecer y que de seguro ha de ser muy bien recibida por los incontables lectores y admiradores de Padura.

- - -

» Algunos comentarios sobre la crítica literaria en Cuba

En marzo del año 1929 la revista parisina *Mediterránea* le rindió homenaje por medio de varios trabajos a Armand Godoy, un prolífico poeta de origen cubano y de expresión francesa que formaba parte de una acaudalada familia de banqueros y había fijado su residencia en la capital de Francia. La extensión de su obra poética ya era entonces considerable y como prueba anotaremos que solo en los años 1928 y 1929 se había costado la impresión de al menos seis libros de versos. Ante aquel homenaje literario a todas luces desproporcionado el entonces joven periodista y crítico Jorge Mañach publicó en el número del 28 de julio del diario habanero *El País* el artículo “Un caso de conciencia”, en el cual trató de hacer un balance equilibrado de la producción poética de Armand Godoy y rebajar un poco el tono altisonante de los elogios que le habían dedicado en *Mediterránea*. De inmediato este reaccionó ofendido y a través de una carta le hizo saber a Mañach que consideraba esa reseña hostil hacia su persona, escrita bajo la influencia de otras revistas literarias francesas que ya antes lo habían atacado, le recordó las dedicatorias afectuosas de los ejemplares de sus libros que le había enviado y hasta le reprochó que no hubiera tomado en cuenta la estrecha amistad que él había sostenido con su difunto padre, el abogado Eugenio Mañach. El autor de *Estampas de San Cristóbal* le respondió también por medio de una carta personal en la cual le expuso:

“...antes de escribir aquel artículo me vi envuelto en esa contienda interior. La repercusión que naturalmente había tenido en Cuba el homenaje con que a Ud. se le honró, ponía el suceso en un primer plano de interés periodístico, invitando la atención y el comentario de los que profesamos un especial interés por la vida de las letras y por las vicisitudes de las nuestras en particular. Ante esa natural y casi imperativa solicitud del tema, yo no podía asumir sino una de tres actitudes: o ignorar el suceso para librarme de tener que enjuiciar por implicación su obra, lo cual repugnaba a mi sentido del deber y de la responsabilidad; o comentarlo del modo más halagüeño para Ud., suprimiendo todo intento de valoración sincera, sacrificando la estimativa a la estimación, traicionando, en fin, toda la conducta y la prédica modestas, pero probas, de mis ocho años de crítica cultural.

“Quedaba una tercera posibilidad, y por ella me decidí: “hay que saber ser amigo –decía en el mismo artículo a Ud. dedicado- y respetar, por encima de todo, la sagrada y previa amistad con la propia conciencia.”¹

¿Por qué motivo hemos traído ahora a colación esta lejana discrepancia personal entre ambos escritores? Pues porque consideramos que las disyuntivas que entonces se le presentaron a Mañach son las mismas que antes y después se le han presentado al crítico que de un modo riguroso y responsable asume la labor de enjuiciar las obras artísticas o literarias: 1- obviarlas, mirar hacia otro lado para no meterse en problemas; 2- dedicarles elogios, aunque no fuesen sinceros, y se cayese así en la hipocresía y en la vergonzosa adulación; 3- ser fiel a la conciencia y, por encima de vínculos de amistad, de intereses individuales, jerarquías, riesgos personales y costos, exponer los juicios desfavorables a las obras analizadas.

Como punto de partida debemos asumir que la crítica, en su sentido más general, es el ejercicio de un derecho ciudadano. Claro está: la crítica respetuosa, no el insulto, el dictamen valorativo que persigue la objetividad, no la injuria gratuita ni la invalidación demoledora ni el golpe bajo dirigido a desacreditar ideológica, política o religiosamente a un autor. A lo largo de la historia incontables son los ejemplos de sociedades y gobiernos que han restringido al máximo, incluso demonizado, el ejercicio de la crítica libre, abierta, que no deja de ser un logro inherente al desarrollo del pensamiento humano. Pero existe la intolerancia, que viste distintos ropajes, y, según afirma con acierto el filósofo español Fernando Savater, “las épocas de intolerancia se definen por haber hecho terrible lo trivial”², como puede ser, añadimos nosotros, manifestar un juicio crítico.

A lo largo de la etapa revolucionaria, que se extiende más de medio siglo, la crítica literaria no ha sido ajena a distintas manifestaciones de intolerancia; pero también a espacios desérticos, o de silencio, y a momentos no menos rechazables en los que ha prevalecido en la voluntad del crítico el malabarismo verbal, la ingeniosidad y el discurso lúdico. Ambrosio Fornet, uno de los escritores que más se ha preocupado a lo largo de estos años por las vicisitudes de nuestra crítica literaria, ya en el año 1962 alertaba acerca de algunos de esos vicios en su conferencia “La crítica literaria, aquí y ahora”, un trabajo aún hoy aprovechable y disfrutable que incluyó en el volumen *En tres y dos* (1964). Después de afirmar categóricamente: “aquí no existe la crítica literaria”³, comentaba que esa tarea había caído en manos de los nuevos escritores –“la generación del 59”- quienes la acometían más con sentido de la amistad y de la solidaridad grupal que de orientación a los lectores, llamaba la atención acerca del peligro que encierra para la cultura el concepto de

“arte educativo” y ponía como ejemplos deplorables algunas críticas publicadas en aquellos días en distintos órganos como el diario *El Mundo*, *La Gaceta de Cuba*, *Casa de las Américas* y *Bohemia*, las cuales nos demuestran hoy el grado de desorientación en que se encontraba entonces ese género. Si bien atrás habían quedado los comentarios por lo general laudatorios y complacientes de Rafael Marquina en el periódico *Información* y las bisoñas inquietudes literarias escritas por Manuel Díaz Martínez en *Tiempo en Cuba*, las brújulas de nuestros críticos no demostraban compartir un norte al menos aproximado y con un sentido útil de orientación para los lectores. Unos se decantaban a favor de la simple hilaridad y otros, por el contrario, caían en las redes del más serio esquematismo ideológico. En este terreno se había situado Loló de la Torriente, quien al comentar la novela de Lisandro Otero *La situación* en un artículo dado a conocer en el número de *El Mundo* del 19 de octubre de 1963 declaraba, según Fornet, que este narrador no comprendía el compromiso del escritor porque no había leído la entrevista de los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética y del gobierno soviético con los intelectuales⁴. Con criterios como este Loló de la Torriente hacía suyos los preceptos del realismo socialista, que ya se habían hecho presentes entre nosotros a través de publicaciones de los comunistas como *Noticias de Hoy* y *Última Hora*. Bajo la efervescencia revolucionaria provocada por el triunfo rebelde de enero de 1959, la victoria de Playa Girón y el enfrentamiento al imperialismo norteamericano la percepción política del fenómeno literario se multiplicaba y hasta el mismo Ambrosio Fornet, tan objetivo en muchos aspectos, no resultaba impermeable a esa tendencia. En una de las notas de este trabajo suyo calificó a *Oasis*, el muy popular poemario de José Ángel Buesa, de “Enmienda Platt de la poesía cubana”⁵. Por más vueltas que le hemos dado, nunca hemos logrado establecer una analogía entre el apéndice constitucional impuesto en 1901 por el gobierno interventor de los Estados Unidos y los versos posiblemente cursis y románticos, pero en modo alguno políticos, de *Oasis*, cuyo autor ya entonces se había marchado del país.

En los años siguientes la consolidación del proceso revolucionario, las directrices marxistas asumidas como filosofía de Estado, la estructuración y aplicación de una política cultural y el proceso de homogeneización de las publicaciones literarias, entre otros factores, incidieron en la crítica, que dejó atrás la ingeniosidad lúdica para asumir un tono más serio y severo, incluso admonitorio, pero que aun así no resultó para algunos lo suficientemente combativa. Con ese reclamo vio la luz en las pági-

nas de *Verde Olivo* en 1968, bajo la firma de Leopoldo Ávila, que casi todos consideramos seudónimo del teniente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y poeta Luis Pavón Tamayo, el artículo “Sobre algunas corrientes de la crítica y la literatura en Cuba”, en el cual se repudiaba la “despolitización” de la crítica en nuestro país. A partir de ese momento, con el fin de enfrentar aquel proceso considerado inaceptable para el movimiento revolucionario, en esta publicación oficial aparecieron, más que juicios, amonestaciones destinadas a demoler políticamente las obras -y de paso a sus autores- de Virgilio Piñera, Heberto Padilla, José Triana, Antón Arrufat y Guillermo Cabrera Infante, entre otros. Aquel estilo de aderezar bien la crítica con interpretaciones políticas rígidas, en muchos casos apegadas a circunstancias coyunturales, desdichadamente sentó plaza y, para mayor complacencia aún de funcionarios y dirigentes mediocres, encontró resonancias favorables en otras publicaciones, como *El Caimán Barbudo*, e incluso en los debates de los talleres literarios a nivel municipal, provincial y nacional. No escasearon entonces los que intentaron ganar méritos y escalar posiciones a través del ejercicio de la crítica literaria y en realidad lo que hicieron fue envilecerla y aportar más elementos aún a los que en 1969 habían llevado a Juan Marinello a señalar en el artículo “Nuestra literatura debe ser parte de nuestra Revolución”, publicado en el número correspondiente al 26 de diciembre de la revista *Bohemia*, la “indigencia crítica” que padecíamos⁶. Como ejemplo podemos anotar la reseña de significativo título “Malas relaciones”⁷, que dio a conocer en la entrega de enero de 1974 de la revista *Revolución y Cultura* Raúl Rivero, por aquella fecha, al parecer, ferviente revolucionario. Con un deseo de invalidación política más propio de un equipo de demolición de inmuebles arremetió contra el poemario de Armando Álvarez Bravo *Relaciones* y llegó al extremo de condenar que en uno de sus poemas este utilizara como epígrafe un verso de Jorge Luis Borges, quien, de acuerdo con Rivero, abogaba por la desaparición de Vietnam y de Cuba. Como puede apreciarse, según ese juicio el autor no solo debía preocuparse de emplear un discurso político correcto y, en el caso de echar mano a algún epígrafe, que este fuese de igual modo intachable, sino que, además, las posiciones políticas de su creador se correspondiesen plenamente con los principios revolucionarios.

A pesar del evidente descrédito de aquella crítica superpolitizada, el proceso de su desmantelamiento demoró años, pues contaba con abogados defensores muy encumbrados. Todavía en el año 1983, en el número de *Bohemia* del 9 de septiembre, bajo el título

“Un libro bueno y anticuado” el crítico José Prats Sariol se ocupó de comentar el cuaderno de poemas de Raúl Hernández Novás *Da capo*. De acuerdo con su valoración, esta obra no respondía a “una nueva realidad, más nueva al fragor de estos casi veinticinco años de esplendor revolucionario”⁸. Siguiendo igual derrotero trasnochado y a contracorriente de la tendencia que intentaba, incluso dentro de las esferas del aparato cultural, superar aquella enfermiza obsesión de valorar las obras artísticas y literarias de acuerdo con su vinculación a los postulados revolucionarios, cinco años después, en el número de la revista *Perfil de Santiago* perteneciente al 16 de abril de 1988, con la reseña de belicoso título “Un fognazo contra *Un fognazo*” Eliades Acosta Matos trató de descartar políticamente este libro de cuentos del ya entonces difunto Virgilio Piñera. Con ese objetivo supuestamente purificador lanzó al aire varias preguntas, entre ellas la siguiente: “¿Por qué tenemos que aceptar tácitamente, como normal y lógico que (...) Piñera, viviendo hasta su muerte inmerso en la inmensa marea de un hecho histórico y cultural sin precedentes en la historia de un país, como lo es la Revolución Cubana, haya hecho cuentos tan asépticos y descontextualizados como los de *Un fognazo*?”⁹ Para Eliades Acosta Matos la actitud de Piñera como escritor resultaba inaceptable.

Por razones de tiempo, y también de información abundante, no podemos completar este recorrido a grandes saltos por la crítica literaria a través de distintas publicaciones periódicas nacionales. Pero al menos debemos anotar que el derrumbe de la Unión Soviética y del campo socialista europeo y el estremecimiento que esto causó en algunas verdades que se creían definitivas e inmutables condujeron al replanteo de preguntas supuestamente respondidas, a la supresión de algunos esquemas ideológicos y al deber de asumir una mirada crítica más abierta y analítica. De ese modo han ido quedando al margen, por obsoletos, muchos de los juicios literarios que se vertieron en décadas anteriores. Liberada al fin de aquellos parámetros políticos, que tanto daño provocaron a obras y autores, la crítica literaria hoy sigue circulando entre nosotros apegada a unas pocas publicaciones habaneras o a las revistas culturales de las diferentes provincias del interior; pero desvinculada de los órganos de prensa de gran circulación como los periódicos *Granma* y *Juventud Rebelde*. ¿Qué características se aprecian en la actual crítica literaria? De acuerdo con nuestra apreciación, en ella prevalecen la recreación impresionista, el compadreo y la cofradía, el amiguismo, la benevolencia, la zalamería y hasta el dingolondango, sin que falte muchas veces la correspondiente cita, venga

o no al caso, de Michel Foucault, Derrida, Todorov, etc. Por todos los medios se evita hacer señalamientos que hieran sensibilidades y den pie a la enemistad. Ya Fina García Marruz nos tiene alertados de que, entre nosotros, la crítica “es imperdonable agravio”¹⁰.

Para terminar, una recomendación que consideramos válida para todos. En el *Diario* de José Lezama Lima, publicado póstumamente en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, aparece esta sentencia escrita en 1942 y expresada de una forma infrecuente en él: “Antes de sacarse los versos del alma, hay que sacarse el alma del culo”¹¹. Nos parece que esta exhortación profiláctica no debe ser atendida solo por los poetas, sino también por los críticos para que en sus interpretaciones y valoraciones no quede espacio a la mala intención, la zancadilla, el golpe bajo, la puñalada alevisa y la descalificación ad líbitum. Mas de igual forma debe ser tomada muy en cuenta por los autores de las obras criticadas para que no perciban, como punto de partida ante cualquier juicio desfavorable, un ataque personal, una venganza, un acto de ingratitud o un complot en su contra. Recordemos por un momento al olvidado Armand Godoy.

Referencias

- 1 Instituto de Literatura y Lingüística “José Antonio Portuondo Valdor”. Archivo Literario. Fondo Jorge Mañach. Copia de carta mecanografiada, no firmada y sin membrete. C. M. Mañach Nro. 910.
- 2 Savater, Fernando “Invocación a Luciano”. En *Diálogos de las betarias* de Luciano de Samosata. Barcelona, Editorial Labor, 1974. p. 10.
- 3 Fonet, Ambrosio “La crítica literaria, aquí y ahora”. En su *En tres y dos*. La Habana, Ediciones R, 1964. p. 14.
- 4 Ídem. p. 25.
- 5 Ídem. P. 27.
- 6 Marinello, Juan “Nuestra literatura tiene que ser parte de nuestra Revolución”. En *Bohemia* Año 61 Nro. 52. La Habana, 26 de diciembre de 1969. pp. 94-97.
- 7 Rivero, Raúl “Malas relaciones”. En *Revolución y Cultura* Nro. 17. La Habana, enero de 1974. pp 15-17.
- 8 Prats Sariol, José “Un libro bueno y anticuado” En *Bohemia* Año 75 Nro. 36. La Habana, 9 de septiembre de 1983. p. 26.
- 9 Acosta Matos, Eliades “Un fognazo contra *Un fognazo*” En *Perfil de Santiago*. Santiago de Cuba, 16 de abril de 1988. p. 7.
- 10 García Marruz, Fina *La familia de Orígenes*. La Habana, Ediciones Unión, 1997. p. 67.
- 11 Lezama Lima, José “Diario”. En *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* Año 79 13ª época Vol. XXIX. La Habana, mayo-agosto de 1988. p. 127.